

JOSÉ ANTONIO MARINA

es@lavanguardia.es

crear

LA CIUDAD

Preparo un *test de inteligencia para ciudades*. Me encantaría elaborar el ranking de las ciudades más inteligentes del planeta y, por supuesto, de las más estúpidas. Como todo en la vida, mi interés por este asunto tiene su historia. En 1961, la comisión de Planeamiento Urbano de Nueva York anunció que una gran parte del histórico West Village era "una zona deteriorada y apta para su demolición y reconstrucción". En esa zona vivía una apasionada crítica urbana, Jane Jacobs, que emprendió una campaña para defender su barrio. Lo que me interesó fue su tesis principal: los barrios funcionan como un organismo complejo, unos resuelven bien sus problemas y otros, no. Lo importante era saber por qué unos eran más inteligentes que otros. Lo explicó en su libro: *Vida y muerte de las grandes ciudades americanas*. Olvidé aquel encuentro y durante años me dediqué a estudiar la inteligencia como fenómeno individual. Pero cada vez me parecía más evidente que las interacciones personales producen fenómenos emergentes, maravillosos o trágicos. Empecé entonces a estudiar la inteligencia comunitaria, la que surge de la convivencia, de la interacción.

Un acontecimiento para mí muy conmovedor me hizo recordar a Jane Jacobs. Joan Clos, alcalde de Barcelona, me invitó a pronunciar el pregón de la Merçè. Lo titulé *La ciudad inteligente*. El concepto hizo fortuna y se han celebrado un par de congresos sobre él. ¿Qué es una ciudad inteligente? La que es capaz de cumplir las tres grandes aspiraciones del ser humano: el bienestar, el aumento de posibilidades vitales y la comunicación amable con los demás. En un libro que acaba de aparecer –*Las arquitecturas del deseo*– he pretendido mostrar que esos tres grandes anhelos impulsan todas nuestras creaciones culturales. El *test de inteligencia de las ciudades* intenta medir cómo se satisfacen o frustran. Que una ciudad debe procurar el bienestar de sus ciudadanos –con sus infraestructuras y sus servicios– parece evidente. Al hablar de "ampliación de posibilidades" me refiero a las oportunidades culturales, educativas y económicas que ofrece una ciudad. Vivir en una ciudad puede ser, sin duda, una ventaja, porque facilita la realización de los proyectos de vida individuales.

UNA CIUDAD INTELIGENTE HA DE SER CAPAZ DE CUMPLIR CON LAS TRES GRANDES ASPIRACIONES QUE TIENE TODO SER HUMANO

El tercer aspecto –la sociabilidad– es el que me interesa comentar. La vida en las grandes ciudades es estresante, fomenta la hostilidad y, si me apuran, la agresividad. El capital social de una ciudad es el conjunto de relaciones, el respeto compartido, el modo de resolver los conflictos y organizar la convivencia que tiene una ciudad. Por ejemplo, uno de los ítems de mi Test es el número de actos vandálicos, el número de accidentes de tráfico en la ciudad y el número de denuncias por ruido. El vandalismo se está convirtiendo en una epidemia urbana. No hace mucho Jordi Hereu me invitó a participar en unas jornadas de estudio sobre este tema, que preocupa mucho en Barcelona. Sin duda, hay otros aspectos relevantes para juzgar la inteligencia ciudadana. Una vez más solicito su colaboración: ¿Qué factores incluiría usted en ese *test de inteligencia de las ciudades*? ■



Raúl